



EL ESPECTÁCULO FENOMENAL

Mario Fabregat Peredo¹

RESUMEN:

El tema analiza las características de la participación de los sujetos históricos en la sociedad globalizada y su grado de conciencia respecto a su rol en la construcción de la sociedad en la que habitan. También analiza el papel que le cabe a la Historia en esta sociedad de la información que ha sancionado el fin de las grandes ideologías y de los meta-relatos.

Palabras claves: América Latina, espectáculo, política, socialismo.

ABSTRACT:

THE FENOMENAL SPECTACLE

This paper discusses the participation of the historical characters of global society and their degree of involvement in the construction of the society in which they live. It also examines the role of History in our society of information, which has sanctioned the end of great ideologies.

Key words: Latin America, spectacle, politics, socialism.

El llamado quiebre epistemológico ha sancionado el siguiente diagnóstico de la realidad: el fin de los meta-relatos, el fin de los modelos ideológicos tradicionales y la descomposición o desestructuración de la unidad de la sociedad en que habitamos.

Cuando hablamos del espectáculo lo entenderemos como la capacidad que tenemos las personas de poder observar y ver. En la sociedad actual, inmersa en el espíritu de la llamada globalización se ha tendido a definir a las personas como sujetos carentes de participación en la construcción de la sociedad en la que habitan. Ya sea por desinterés, ataraxia o abulia; ya sea porque no se sabe cómo participar o también, porque se percibe que los canales tradicionales de participación (entiéndase institucionales) no dan respuesta a los problemas actuales. Todo lo anterior ha permitido a los llamados “intelectuales” declarar como masa a todas las personas que se mueven en la sociedad actual. Las personas simplemente ven, miran, asumen una actitud casi boyerista, pero no participan, no actúan, no asumen responsabilidades, toman tribuna, se alejan, por tanto, no participan. De ahí entonces que el vivir en la sociedad se haya transformado en un espectáculo.

Derivado de lo anterior, como las personas no participan, no se interiorizan sobre lo que ocurre en la realidad no pueden pretender entender los procesos sociales, la cultura, la historia, el arte. No tendrían ni siquiera la capacidad crítica para poder circular por la sociedad en la que viven, que por definición, no entienden y no comprenden. Se supone, entonces, que vivencian un nivel de comprensión absolutamente básico, donde llegan a saber de “las cosas” de manera superficial, en sus expresiones y manifestaciones, pero no en sus causas o en sus orígenes. Entienden a nivel superficial, es decir, *fenomenal*.

* Fecha de Recepción: Agosto 2008.

Fecha de Aceptación: Septiembre 2008.

¹ Fabregat Peredo, Mario, Departamento de Historia y Geografía, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, Chile.

Ahora podemos darle sentido a lo del *espectáculo fenomenal* que sintetiza una forma insuficiente de ser sujeto, una forma limitada de lo que significaba ser individuo. Entenderíamos a la sociedad funcionando con individuos que han sufrido una pérdida en sus capacidades humanas, en sus capacidades racionales y en su voluntad para sobrellevar la carga del tiempo histórico que les ha tocado vivir. Por decirlo de alguna manera, han abandonado el tiempo como un saco viejo que ahora yace al costado del camino.

ACERCA DE LA GLOBALIZACIÓN

Cuando Marshall McLuhan la década de 1960 definió o masificó el término *aldea global* apenas entendíamos lo revolucionario de esta constatación. ¿Quién podía entender que en una sociedad occidental súperindustrializada y con una serie de desarrollos tecnológicos por venir, al mismo tiempo estuviéramos retrocediendo al nivel tribal y primitivo de una aldea? Con todo lo que eso significaba, desde los cambios en las formas de producción hasta los cambios en las formas de percepción, lo que McLuhan quería señalar era que nuestras formas de entender, nuestros órganos de percepción estaban siendo transformados inevitablemente. Ya no *escuchamos* el mundo, sino que lo *vemos*, ya no entendemos ideológicamente a través de grandes relatos, las ideologías serán rápidamente superadas por una nueva manera de comprender el tiempo y el espacio. Dejaremos de funcionar solo analíticamente para empezar a comprender –por medio del influjo de la imagen– de manera sintética. Pensamiento y acción actuarán al unísono y no por separado, no como se entendía una ideología. Este sería el tiempo de una nueva indumentaria, de nuevos artículos ortopédicos que ayudarían a percibir de una manera infinitamente más intensa que la biológica. Por ejemplo, el televisor sería la prolongación del ojo, la rueda y los vehículos de alta velocidad una prolongación del pie, la ropa una prolongación de la piel, y finalmente, los *mass-media* una prolongación del sistema nervioso central. La tecnología había cambiado nuestros usos, nuestras vidas, pero también nuestras almas y el espíritu de todo un tiempo histórico. Los hipermodernos individuos del siglo XX y XXI vuelven a vivir míticamente, inmersos en un tiempo absoluto, donde todos estamos relacionados con todos, donde nadie puede estar al margen de los demás ni de la sociedad, donde ya nadie puede volver a su casa y estar solo. No podemos elegir, no podemos querer estar desconectados, la tecnología y las relaciones de producción determinan ciertas relaciones sociales que hacen inevitable la desvinculación social “...ya no hay un lugar para cada cosa... Ud. ya no puede irse a casa”. (McLuhan, Marschall, 1967, sin número de página)

La globalización ha hecho de las personas seres que deben adaptarse más que a una nueva historia, a una nueva civilización, a una nueva biología, una redefinición de lo humano, porque en definitiva la globalización extendió el horizonte hasta el infinito y la posmodernidad lo redujo al instante. (Cfr. Brunner, José Joaquín, 1998)

Ejemplos en los cambios perceptivos son los siguientes, a saber: usamos metáforas visuales y espaciales en muchísimas expresiones cotidianas. Decimos *un tiempo atrás* cuando queremos decir *un tiempo antes*, *días cercanos* cuando queremos decir *recientes*. Incluso tenemos prejuicios visuales que nos hacen llamar a los hombres más sabios *visionarios* o *videntes*. Enseñamos a nuestros hijos a no creer *nada de lo que escuchan*, pero *la mitad de lo que ven*. (McLuhan, 1967, sin número de página)

En este contexto el quiebre epistemológico del marxismo, la caída de los socialismos reales, los cambios en el mapa político de Europa, la profecía del fin de la historia (Fukuyama) y la llamada “huelga de acontecimientos” planteada por Boudrillard cobran cierto sentido. Nos podemos hacer cargo del llamado *fin de la historia* como un fin de ciclo, como el término de una dialéctica de enfrentamiento ideológico y el triunfo del neoliberalismo privatizador. La globalización como proceso de intensificación de la transferencia de capitales evidentemente que alcanzó ribetes políticos, porque se entiende que cambios económicos de magnitudes planetarias iban a alterar y cambiar los patrones sociales y culturales de la sociedad moderna. Es claro que la Historia en sí no llegó a su fin, también es claro que un tipo de Historia llegó a su fin, un tipo de modernidad, o, al menos, la modernidad como fue entendida en sus albores. Las ideas de Nación, Estado, Patria, Ciudadano, Libertad, cambiaron radicalmente. El mercado irrumpió fuertemente y cruzó transversalmente la sociedad moderna. La antigua unidad del mundo, de la realidad, esa clara *imago mundi*, cayó al suelo y se hizo mil pedazos. Ya no hay unidad, no hay centro, los restos de la realidad vagan de un lado para otro, como *icebergs* que flotan sobre un mar, a veces chocan, se juntan, vuelven a separarse, pero donde no es posible que la unidad se recomponga como antes. Pretender un mundo unido y vinculado como lo vivimos la primera parte del siglo XX es pretender resucitar a los muertos. La unidad orgánica que antes entendíamos, ya no va más. (Cfr. Touraine, Alain, México, 1992)

A partir de lo anterior, entendemos el mundo con categorías de pensamiento que incluso –desde el paradigma tradicional– puede ser considerado un no pensar, un alejarse de las formas racionales, un distanciamiento y un contrario de lo que entendíamos por razonamiento crítico. “*Se trata de una sociedad que no busca ser pensada, sino que desconfía de las grandes ideas y de los grandes discursos que perturban su pragmatismo...*” (Touraine, p. 181). Se plantea que no queremos pensar nada, ni sobre nada, pero la verdad es que es difícil separarse y sustraerse del pensamiento, por tanto, lo más probable es que se estime pensar de otro modo, prescindiendo de las ideologías tradicionales, lo que no quiere decir prescindir de la ideología, porque siempre habrá alguna actuando entre nosotros.

Cuando la sociedad occidental ingresó a la modernidad, este ingreso fue catastrófico, fue el estallido de lo humano, fue la secularización de la historia y de las relaciones sociales. Si bien es cierto que Dios siguió existiendo para el hombre, ahora tendrá un lugar determinado, específico, no copará todo el espacio vital de éste. Fuera del ámbito divino la humanidad tendrá que construirse un camino que dependerá de ella, surge una nueva temporalidad, el futuro, que aparece como la capacidad de proyección, de esperanza en la razón. A esta nueva historia el hombre ingresará solo, sin protección, quedará a la intemperie, arrojado a su suerte, suerte que tendrá que construirse. No hay una mano sacra que se encargue de recogerlos. Dios está para otras cosas, para la Historia está el hombre con él mismo. El plan divino se ha secularizado, y la promesa estará dada por el progreso infinito, lineal y racional. La promesa se la hace el hombre a sí mismo, la responsabilidad del individuo es de ser constructor de su propio tiempo. Como señala Touraine: “*El sujeto es la voluntad de un individuo de obrar y de ser reconocido como actor*” (Touraine, p. 207). Estará obligado a ser activo, rápido, eficiente y eficaz. De ahí que la modernidad fue la consagración del Estado, de la Nación, del Poder, de la Industria, de la Libertad. Y, a medida que los individuos iban construyendo la sociedad se iban perfeccionando los mecanismos de control (Estado) de participación (Libertad) y de consumo (Industrialización). Se había adquirido una nueva jerarquía y un nuevo orden que el siglo XX va a rematar con el surgimiento de las ideologías transforma-

doras y radicales en sus principios. La masificación de la sociedad impedía que los individuos estuvieran al margen de la construcción del mundo.

La exaltación de los principios modernos nos llevaron incluso a desarrollar formas de Estado Totalitarias, como fueron el nazismo y el estalinismo. Ideologías distintas desarrollando prácticas comunes. Ideologías que pretendían cambiar el curso de la Historia, el estalinismo abolir la sociedad de clases y el nazismo rechazar los ideales putrefactos y descompuestos que encarnaban la modernidad y el liberalismo. Ambas expresiones políticas fueron la expresión de la modernidad en cuanto fueron la apoteosis del Estado-Nación y surgieron en medio de una sociedad de masas. Respondían también a una forma de pensar, a una creencia, a la fe de que todo era posible y de que la ideología encerraba una verdad absoluta y dogmática: la sociedad humana todo lo podía y no debía detenerse ante nada, pues se habían descubierto las claves de la Historia. Llegaba la Guerra Fría y la ideología nuevamente era expresión de la dialéctica histórica. Pero de pronto, casi de improviso, todo cambió. La promesa de una sociedad sin clases, sin necesidad del Estado represor y coágulo del poder, el fin de la explotación y la solución a las contradicciones de la sociedad se desmoronó abruptamente. Una ideología quedaba colgando al borde del precipicio, las pretensiones de entender científicamente a la sociedad se hacían cada vez más difíciles de creer. Finalmente muerte, sepelio y entierro de una vez: un quiebre epistemológico emergía como realidad incuestionable. Fin de la dialéctica, jolgorio de los vencedores, humillación de los vencidos. Pero cuando todo iba en esta dirección, ¡sorpresa!, el capitalismo ideológico perdía su fuerza, el neoliberalismo se tomaba la pantalla y el escenario: sólo quedaba de esta ideología el discurso de la maximización de las ganancias y la transferencia de capitales. También la “otra” ideología había muerto, quedaba una expresión, una manifestación de ella, pero nada de lo que ella había sido en lo social, en lo político, en lo cultural.

Lo anterior podrá ser rebatido, cuestionado, pero lo importante es constatar que la sociedad actual se desarrolló más allá de las ideologías tradicionales, más allá de la simple fe en la razón y en el progreso indefinido. Asume un rol la palabra crisis, emergencia de nuevas realidades, nuevas dinámicas, nuevos problemas, nuevos miedos. Se cierne sobre nuestras cabezas la catástrofe de hace siglos, volvemos a dudar de todo, volvemos a mirarnos incrédulos, la razón y la ciencia no lo son todo, surge como diría Febvre, una nueva forma de fe, la *incredulidad*. (Cfr. Febvre, Lucien, Madrid, 1993)

LA IDEA DE CRISIS EN NUESTRO TIEMPO

Pretender señalar que la sociedad actual vive una crisis terminal, o, en el mejor de los casos una crisis como nunca antes se había vivido en la historia es desconocer que Occidente en su construcción ha vivido en permanentes crisis y que éstas no significan algo negativo *per se*. Son parte de los acontecimientos y posibilidades propios de la Historia. El mundo antiguo vivió su crisis de identidad y su derrumbe cultural y político, la llamada Edad Media vivió el ataque frontal de una nueva racionalidad que vino a cuestionar las bases culturales y jerárquicas de todo un continente, el surgimiento del pensamiento moderno generó una fractura en la forma de mirar el mundo y de organizarlo. A la sociedad disciplinaria le siguió la sociedad del control (Foucault, Michel, 1991), Spengler escribía la *Decadencia de Occidente* a principios del siglo XX, Hannah Arendt planteó la profunda crisis de nuestro tiempo cuya máxima expresión fue la aparición del nazismo: “...la crisis de nuestro tiempo y su expe-

riencia central han producido una forma enteramente nueva de gobierno, que como potencialidad y como peligro siempre presente, es muy probable que permanezca con nosotros a partir de ahora, de la misma manera que otras formas de gobierno –monarquía, república, tiranía, dictadura, despotismo– que surgieron en diferentes momentos históricos y se basan en experiencias fundamentalmente diferentes, han permanecido con la Humanidad al margen de sus derrotas temporales.” (Arendt, Hannah, 1982, p. 615). Y hoy día se habla de una profunda crisis en los valores, en la persona, en la familia, en la sociedad toda. Sin negar las dificultades de cada tiempo, lo que permanece a lo largo de la historia es el cambio. Como diría Braudel la larga duración hace que lo que perdure es el cambio, lo que permanece es el cambio, y este cambio comporta periódicas crisis. Es por eso que no debemos mirar lo que ocurre en la actualidad como algo nunca visto, nunca vivido, o como una crisis terminal. El cansancio se hace ver, pero es propio de toda actividad humana. Muchas veces quisiéramos que lo que tenemos que hacer lo hiciera otro, que una fuerza del más allá nos ayude a salir del encierro. Goethe escribe a un amigo: “¿Cómo desearía a mi lado a un genio, que, siempre, incluso en las circunstancias más insignificantes de mi vida, me dijera así: Mira, aquí precisamente está la semilla del futuro!, ¡de la perfección!, ¡del cielo!” (Bohler, Eugen, 1967, p. 99)

La crisis de nuestro tiempo tiene que ver, entre otras cosas, con la “sospecha” en la razón, con la constatación de los límites que ella tiene, con entender que lo humano significa no poder controlar de manera absoluta a la naturaleza por más que desarrollemos todo tipo de tecnologías. Chocamos con la ideología de la modernidad que nos hizo creer que todo era posible y que lo ilimitado era nuestro destino. Se genera un sentimiento de desencanto, se afirma y se comprueba un desengaño, se asiste a la realidad de que no todo es posible y muchas veces el sentimiento se profundiza en una suerte de reacción nihilista y desesperanzadora precisamente sobre aquello sobre lo que teníamos las mayores esperanzas: el futuro.

La modernidad fue aquel ideal fáustico que prometía al hombre el desarrollo sin cortapisas, rápido, sin detención, pero esta idea se detuvo y el hombre sintió que se perdía y que ya no contaba con el ánimo del progreso. Goethe refleja esta idea cuando señala:

“Ya no tiene decisión;
por caminos desbrozados
a tientas se tambalea.
Se pierde cada vez más,
Las cosas las ve torcidas,
Carga es para sí mismo y los demás,
Se asfixia tratando de respirar;
No se ahoga, sigue vivo,
Se desespera y no se rinde.
Y así un continuo vagar,
Sufriendo por lo que deja,
Sufriendo por lo que debe,
Liberado y oprimido,
Sin reposo, sin descanso,
Rodeado de su infierno”.

(Goethe, J. H., 1999, pp. 450-451)

Al desánimo reflejado en la cita anterior hay que agregarle el desencanto por la imposibilidad de domesticar absolutamente la naturaleza. La razón, la ciencia, la técnica, la tecnología, en fin, todo lo que constituía la promesa secular del progreso se vio limitado por la propia naturaleza humana, que es defectuosa, que ansía más de lo que es, que es arrogante en determinados momentos de fervor histórico. En este caso Goethe señala:

“He estudiado, ¡ay!, filosofía,
jurisprudencia y medicina,
y también, ¡por desgracia!, teología;
profundamente, con apasionado esfuerzo.
Y heme aquí ahora, ¡pobre loco!,
tan cuerdo como era antes.
Soy magíster, y hasta soy doctor,
y ya va para diez años que,
por altos y bajadas, por llanos y revueltas,
a mis discípulos de la barba llevo.
¡Y sólo veo que nada podemos saber!...
Por eso me he dado a la magia,
por ver si por fuerza y boca de un espíritu
no se me revela algún que otro secreto;
porque no tenga más que decir
con sudor agrio lo que no sé;
porque entienda lo que al mundo
mantiene en sus entrañas”.

(Goethe, J. W., p. 29)

Proponemos la siguiente hipótesis respecto de la situación actual: la modernidad corresponde a una forma de pensar el mundo a partir de una serie de valores entre los cuales el individuo venía a representar la función que los llevaría a la práctica. Esta práctica debía llevarse a cabo en una sociedad libre, que permitiera el desarrollo de todas las potencialidades de este individuo. Esto quería decir que el orden social debía ser gestionado por una serie de instituciones de poder (entre otras el estado) cuya legitimidad estaba dada por los individuos. La soberanía, es decir, el poder debía emanar del pueblo. De este principio se desprendía la idea y la práctica de que el individuo era el centro de la sociedad, hacia él apuntaban todos los objetivos finales. El valor de la persona en su autonomía, el resguardo de sus derechos, el principio de igualdad social eran los valores supremos que la modernidad había fundado y difundido, al menos en teoría.

Pero la modernidad también tenía otro aspecto, la modernización, el desarrollo técnico y material. Este aspecto de desarrollo netamente material se convirtió con el tiempo en la gran panacea para la solución de los problemas históricos de la sociedad moderna. La justicia social apuntaba a la distribución equitativa de los bienes producidos, pero también de las oportunidades, por tanto, el acceso material de la población a la salud, la educación, el trabajo, debían estar asegurados por lo que se llamó el Estado de Bienestar. Este objetivo absolutamente humanitario fue dando paso a la lógica de la producción a gran escala, diversificando los mercados, tecnologizando la vida y llevando a los individuos a niveles de consumo jamás vistos. Desde este fenómeno se comenzó a construir la tesis de que la modernidad quedaba atrás y era devorada y consumida por una de sus expresiones, la modernización. Anclados en el materialismo como principal fuente de felicidad y desarrollo humano es que han surgido las principales críticas al mundo de hoy. Adjetivos como corrupción de los valores, deshumanización, pérdida de la espiritualidad, han venido a copar la agenda conceptual del siglo XXI.

Connotados historiadores y filósofos señalan que la sociedad actual ha perdido la memoria: “*En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en que viven*”. (Hobsbawm, 1999, p. 13)

Otros señalan derechamente que nuestra sociedad no quiere recordar, porque el pasado es inservible y que solo las novedades nos dan sentido y son útiles para la vida. Es tal el

valor de lo nuevo que se cae en su trampa arrolladora que termina destruyendo la novedad por esperarla con ansiedad devoradora. Es necesario el consumo de lo nuevo que nos transporta a la vivencia crítica del porvenir. El presente se torna enfermizamente dependiente del futuro (Vattimo, Gianni, 1998, p. 96). Pero entramos en este futuro de una manera violenta, demasiado rápida, no lo dejamos ser. Es como entrar al revés, caminando hacia atrás, es como avanzar mirando a través de un espejo retrovisor. Un presente ausente, un futuro inexistente donde sólo nos queda la sensación vertiginosa de los cambios permanentes. Surge una especie de desesperación, nos deslizamos sobre una superficie de vidrio, muy resbalosa, no nos podemos detener, avanzamos y avanzamos sin parar, y en ese deslizarnos y desplazarnos perdemos el rumbo, nos desorientamos, nos da vértigo y finalmente sucumbimos al malestar inevitable.

Está claro que la modernidad no es solamente el triunfo de las novedades. Lo nuevo debía estar recubierto por los valores y las estructuras fundantes de dicha modernidad. Abocarse a lo nuevo respetando lo antiguo, avanzar sin trazar en los principios básicos del respeto al ser humano, construir sin olvidar que lo material era una expresión particular y no la totalidad de la modernidad nos ayudará a resituarnos en nuestros objetivos. Pensar lo contrario es justificar el desarrollo técnico del nazismo o la industrialización llevada a cabo por el estalinismo a cualquier costo. Desarrollo material sí, a cualquier costo, jamás.

Para finalizar esta parte, citamos nuevamente a Goethe y lo que significó el afán modernizador. Escuchamos a Mefistófeles cuando dice:

“Mal entendéis los tiempos, buena mujer.
Lo pasado, pasado está.
hay que buscar las novedades,
pues sólo lo que es nuevo nos incita”.

(Goethe, p. 176)

EL ROL DE LA HISTORIA

En la sociedad actual la Historia como disciplina, por tanto los historiadores y los estudiantes de Historia, tienen el deber de no caer en el facilismo intelectual de criticar sin argumentos y de enjuiciar a la luz de paradigmas antiguos, que no sirven como herramienta o instrumento para preguntar y responder a las interrogantes de la sociedad actual. Lo más fácil es decir que vivimos en un tiempo decadente donde los orígenes del pensamiento humano han caído en una suerte de degeneración irreductible y que se perpetuará *ad infinitum*.

Los historiadores no pueden pretender ser los únicos hombres capaces de suspenderse en el tiempo y en el espacio para evitar sumergirse en la decadente sociedad actual. No pueden pretender ser los únicos individuos concientes en una sociedad alienada.

Tampoco pueden pretender aspirar a reeditar una sociedad con una estructura que ya no existe. Convertirse en nostálgicos del pasado nos llevará a no querer ver el presente y lo que es más grave, a no aceptarlo. Tampoco podemos seguir con el antiguo esquema de reconstrucción del pasado. Si bien es cierto que nuestra función es buscar aquellas características del tiempo que identifiquen lo más fielmente a los hombres que lo habitaron, esta búsqueda, este intento por conocer cómo sintieron los hombres en un tiempo determinado no nos puede llevar a una reconstrucción alejada del sentido de la existencia. Reconstruir alterando

un sentir, alterando la humanidad y su tiempo histórico es mentir respecto del pasado. Si el objetivo es que la sociedad actual se vincule orgánicamente con el pasado, ese vínculo debe hacerse naturalmente, no artificializando las realidades en aras de una funcionalidad y una comprensión utilitarista.

Debemos hacer el intento por mantener viva la memoria histórica sin caer en la enfermedad del historicismo. Que todo tenga historia no quiere decir que todo deba ser historia. Por ejemplo, si asumimos el presente pensando en lo que quedará para la Historia estaremos devaluando la realidad, disminuyendo nuestras posibilidades de construcción histórica en el hoy, haciendo del presente un simple espacio temporal que vale en función de un “ya fue”. Así devaluamos el presente y devaluamos la historia, porque no tendremos nada realmente digno (humano) que estudiar o “contar”.

La Historia es el estudio de los hombres en el tiempo, la historia “...*quiere aprehender a los hombres. Quien no lo logre no pasará jamás, en el mejor de los casos, de ser un obrero manual de la erudición. Allí donde huele la carne humana, sabe que está su presa*”(Bloch, Marc, 1987, p. 25). Si el historiador necesita de las fuentes y de los datos es siempre para ver tras ellos lo humano. Avanzar con la disciplina de la historia no es contradictorio con el énfasis en la pasión, la búsqueda de las emociones, la constatación de las contradicciones, etc. La emoción es lo que pervive bajo las estructuras serias y aparentemente inamovibles. Evitar enredarse en la disciplina nos acercará siempre a lo humano. Muchas veces el sentido se pierde cuando lo espontáneo se secuencia y se data en un orden irreal. El orden no es propio de la Historia, el orden es artificio del laboratorio de la disciplina. La carne de la Historia aparece con la carcajada, la espuma salivosa, el olor del desamparo y la tragedia, el sudor que corre por el rostro, el llanto que se escucha desde cualquier rincón del planeta. Ahí radica la vida humana, la Historia. La materia del sentimiento es lo importante, el estado de ánimo, la disposición, la voluntad, la raíz, la nuez de la existencia, la revolución del comportamiento. Como decía Jocelyn-Holt, los pliegues de la existencia, que pueden ser infinitos, artificialmente son aplanados, conectados por un señor (historiador) que se transforma en el amo de la vida de otros. Le dan un sentido militar a la Historia, convirtiendo la vida en una mera efeméride, en un conjunto de acontecimientos cronológicos con sentido cero, o sentido neutro, que es lo mismo. La disciplina de la Historia intenta erróneamente pasar la mano para emparejar el mantel arrugado, creyendo que estirado estará bien puesto. (Cfr. Alfredo Jocelyn-Holt, *La Tercera*, 13 de octubre de 2002)

Permítanme decirlo así: ¡esa Historia y su maldito defecto de la secuencia y el orden, qué importa el orden! El curso de la historia escurre por sinuosidades y serpenteos múltiples y no hay que convertir el río en represa. La Historia convierte en muchos casos ríos en represas y los conduce con más o menos agua, pero siempre por otros caminos y hacia lugares previstos por los ingenieros.

Se desvía el pasado para hacer calzar los hechos con lo que se cree en un tiempo. Hacer calzar es desviar para conectar con un sentido actual. Debe calzar, esa es la premisa. No es el intento de ver cómo y por qué fue. La premisa es la siguiente: como fue así y porque fue así, así debe ser. Michel Foucault respecto al orden en la historia y la lucha contra la discontinuidad señala lo siguiente: “...: *la noción de discontinuidad ocupa un lugar mayor en las disciplinas históricas. Para la historia en su forma clásica, lo discontinuo era a la vez lo dado y lo impensable: lo que se ofrecía bajo la especie de los acontecimientos dispersos, y lo*

que debía ser, por análisis, rodeado, reducido, borrado, para que apareciera la continuidad de los acontecimientos. La discontinuidad era ese estigma del desparramamiento temporal que el historiador tenía la misión de suprimir de la historia, y que ahora ha llegado a ser uno de los elementos fundamentales del análisis histórico". (Foucault, 1970, p. 13)

La lucidez alcanzada por la conciencia mediante la ciencia histórica produce un efecto devastador, pues allí en donde hubo fe, heroísmo y pasión, el hombre ahora ve fanatismos, disfraces, etc. Los dioses serían ridículos, los héroes payasos, algo así como un infantilismo que habría que superar. (Cfr. Rojas, Sergio, 1999)

Lo que nos queda por hacer en la sociedad globalizada de hoy es lo de siempre: comprender. Eso de que "la Historia juzgará" no es para nosotros. Debemos ensayar comprender, lo que no significa evitar la perspectiva y la singularidad. Siempre hablaremos desde alguna parte, desde algún rincón, no podemos soslayar aquello, no podemos sustraernos a nuestra condición humana en el análisis, pues así como no estuvimos en el pasado, tampoco podemos estar en todos los lugares a la vez (ubicuidad), por tanto, tampoco podemos tener una visión panóptica (total). Desde las limitaciones de lo humano y desde las limitaciones de nuestra ciencia podemos hacer mucho. De partida acercarnos a la comprensión de lo limitado, de lo singular, de lo imperfecto, de lo irreproducible. Ensayemos comprender nuestro tiempo, nuestra historia, no nos quedemos con lo *espectacular* ni con lo *fenomenal*.

Exorcicemos al ídolo de los orígenes como dice Marc Bloch, de que todo tiempo pasado fue mejor que nos empuja a "... *ese otro enemigo satánico de la verdadera historia: la manía de enjuiciar*". (Bloch, p. 29)

Tenemos una gran prueba que superar y es la tentación de querer unir las partes dispersas de la modernidad. Lo que planteábamos al comienzo tenía que ver con estas partes que desprendidas de su centro divagan de manera autónoma, desconectadas unas de otras: economía, cultura, sociedad, individuo, Estado, creencias, forman parte de un todo que ya no está junto, que comenzó a circular de una manera distinta. De ahí que observamos la desvinculación de los ciudadanos de la vida política, la separación de los saberes, la desvinculación del individuo respecto a las formas tradicionales de entender la religión, la sociedad, el conocimiento, la familia, etc.

Finalmente señalar que "comprender" está muy lejos de "tener certeza". El historiador merodea un tiempo, se asoma, intenta, a veces de manera infructuosa, de llegar hasta sus cimientos; pero como en lo humano, en la Historia no hay certeza, no hay nada dado, no existe la inmanencia, todo está por hacerse, y tal vez, algo de lo que la humanidad se propone llegue a concretarse.

"¿Se comprende Hamlet? No la duda, sino la certidumbre, es la que vuelve loco...". (Nietzsche, Friedrich, 1991, p. 37).

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, H.** (1982): *Los orígenes del totalitarismo*, vol. 3. *Totalitarismo*. Madrid, Alianza.
- Bloch, M.** (1995): *Introducción a la historia*. México, F.C.E.
- Bohler, E.** (1967): *El futuro, problema del hombre moderno*, Madrid, Alianza.
- Brunner, J.** (1998): *Globalización cultural y posmodernidad*. Santiago, F.C.E.
- Febvre, L.** (1993): *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*. Madrid, Akal.
- Foucault, M.** (1970): *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI.
- Foucault, M.** (1991): *Enfermedad mental y personalidad*. Barcelona, Paidós.
- Goethe, J.** (1999): *Fausto*. Madrid, Unidad Editorial.
- Hobsbawm, E.** (1999): *Historia del siglo XX*. Buenos Aires, Crítica.
- Jocelyn-Holt, A.** (2002): "Un delicado arte" en *La Tercera*, 13 de octubre.
- McLuhan, M.** (1967): *El medio es el mensaje*. Nueva York, Bantam Books.
- Nietzsche, F.** (1991): *Ecce homo*. Buenos Aires, Siglo Veinte.
- Rojas, S.** (1999): *Materiales para una historia de la subjetividad*. Santiago, La Blanca Montaña.
- Touraine, A.** (1992): *Crítica de la modernidad*. México, F.C.E.
- Vattimo, G.** (1998): *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*. Barcelona, Gedisa.